

valores, el proceso de socialización y su impacto en la formación de la personalidad, etc. Estos conceptos se sacan de sus contextos originales, utilizándose al alimón con el de tribu y confundiendo con él en el momento necesario. Parecía desconocer, por otra parte, teorías tan elementales, para un antropólogo social, como la del **chivo expiatorio**, y la coexistencia de diferentes subculturas dentro de una cultura general. Los condicionamientos económicos más bien no existen. El capital funciona solamente a nivel tribal: "No tenemos más que mirar el dinero, a los billetes de Banco... ¿Qué encontramos?: pesetas, francos, dólares, libras... Ningún vestigio de clases" (pág. 251).

De todas formas, no merece la pena entrar en la discusión de sus aseveraciones, que sería tan extensa como sencilla. Conviene, sin embargo, destacar que el tema tiene algún interés y podría resultar enriquecedor si se mantuviera dentro de unos límites coherentes, sin intentar hacer de él la panacea explicativa de todos los hechos sociales. Por otra parte, eso daría para un artículo, y al escribir 343 páginas sobre él, no puede evitar que cada capítulo sea en cierto modo una repetición del anterior, abriendo extensos espacios dedicados a largos ejemplos prácticamente iguales, diversas versiones de la misma melodía.

Sorpresivamente, en el epílogo, el autor nos promete la aparición de varios volúmenes más sobre el mismo tema, ya que el presente libro no es nada más que el preámbulo de un trabajo mucho más extenso.

El planteamiento, por otra parte, recuerda las idealizaciones fascistas, creando fantasmas de orgullo y cohesión de grupo que no coinciden con los intereses fundamentales del tal grupo. ■ **MARISA RODRIGUEZ MOJON.**

El músico y la viuda

Sólo Dios en su infinita sabiduría puede explicar por qué el mundo se convirtió a la música de Mahler de la noche a la mañana, allá por los últimos años sesenta. Hasta ese momento se había satisfecho con las apreciables contribuciones de Holst y Orff, y algún inseguro recuerdo de Tchaikovsky. Era lo normal. Pero de pronto aparece Mahler como sinfonista popular. Las consecuencias de semejante disparate han sido considerables. El pobre Karajan,

por ejemplo, se ha visto obligado a inventar un sinfonismo militarizado, y ni aun así logra con su **Enésima-Navena-de-Beethoven** igualar la monstruosa consideración que el mundo dedica a Mahler. Y eso, ¿por qué? En buena medida la culpa es de Visconti, cuyo Mahler bujarrón paseando atuendos imposibles por playas desoladas, tratando de contagiarse a toda costa, dejó lúvida de envidia a Margarita Gautier. El Mahler incommensurablemente imbécil de Ken Russell también arrebató el corazón de más de un fabricante de perfumes. Pero estas son motivaciones menores. Una buena explicación de la fascinación mahleriana, escrita con notable talento, es la biografía de Alma Mahler (su esposa), titulada **Recuerdos y cartas** (1).

Se supone que un gacetillero debe ser objetivo. ¡Al diablo la ética! Alma Mahler era una pendonosa de mucho cuidado. Su vieja autobiografía (**Mein Leben**, traducida en alguna casa latinoamericana, y muy recuperable) es asombrosamente sincera; ella era la chica más guapa de Viena, y Mahler (bajito, judío, colérico, anal) quería tener a su lado una perpetua exhibición de poderío. Si la cotizada Alma aceptaba compartir su lecho, los



El atractivo de Mahler era más sutil. Dominaba, reinaba, tiranizaba el mundo musical vienés (es decir, todo), y Alma, Dios se lo perdone, ambicionaba componer música sin tener en cuenta (o por ello precisamente) que en la historia de la música no figura un solo nombre femenino.

El matrimonio con el tirano fue un mal negocio para sus ambiciones artísticas. Lo primero que hizo Mahler fue prohibirle componer. "Me basto y me sobro; sé guapa y calla", le vino a decir. Alma no se lo perdonó jamás. En la biografía que comentamos procura disimular su rencor, pero en **Mein Leben** no hay página sin una lágrima por la fuerza creativa perdida, devorada por aquel pequeño judío ante quien el mismísimo Emperador temblaba. A Alma sólo puede hacérsele un reproche: que no comprendiera su propia belleza, que tratara de redimirse, de hacerse perdonar por medio del arte. Era una excusa. Cuando Mahler murió, escurriendo decentemente el bulto ante un pujante Walter Gropius (segundo marido de la viuda), no por eso dio Alma rienda suelta a su inspiración. Por el contrario, scabó hallando la felicidad junto a Franz Wer-



Gustav Mahler y su esposa, Alma.

gentiles iban a rechinar los dientes. Alma aceptó. Es importante saber que el pretendiente anterior había sido Oscar Kokoschka, un pintor parecido a Van Gogh y Toulouse-Lautrec, no por el talento, sino por el desmedido entusiasmo hacia los burdeles. ¿Nuestra exquisita Alma en manos de aquel sátiro chorreante de esperma y óleos?

(1) Alma Mahler, "Gustav Mahler. Recuerdos y cartas". Taurus, 1978. (Junto a la biografía figuran 170 cartas del compositor, sumamente interesantes.)

fel (tercer marido de la viuda), célebre autor de **La canción de Bernadette** y acérrimo partidario de la Virgen de Lourdes. Prevalció en ella Holst-y-Orff.

El mundo ahora prefiere a Mahler; pero sólo como figura, como personaje, como fantasma que sustituya la vieja imagen del músico (Tchaikovsky, en el folklore). Basta oír su **Octava**, por no decir los **Lieder eines fahrenden Gesellen**, para darse cuenta de que no es fácil convertirlo en bibelot. Pero sí hay una cuerda común: la acepta-

ción vigorosa del caos, del sarcasmo, de la fealdad y del odio, tan propios de la sentimentalidad moderna. En esta biografía Alma lo retrata maravillosamente, y a través de su impiedad adivinamos la elevación y la terquedad del muerto. Ella, que había sido entrenada para trepar y capturar al artista más pudiente y poderoso de Viena, no se equivocó. Sólo la madurez la desencantó. Había elegido al mejor, al más grande. Y vivió lo suficiente para ver a Werfel convertido en un cromo de la colección Nestlé, mientras Mahler ascendía y ascendía. Entonces, arrepentida de aquel su primer **Mein Leben**, se corrigió con estos **Recuerdos**, un libro sensacional, escrito por una chica guapísima. ■ **FELIX DE AZUA.**

Madrid: Con Franco se especulaba mejor

Durante el fascismo, Madrid se ha transformado enormemente, tanto cuantitativa como cualitativamente. Se ha convertido en una gran urbe al menos en sus dimensiones, también se ha industrializado. Dentro de la mitomanía de la dictadura estaba la de construir la gran capital del Imperio hacia Dios. Tenía que llevarle la delantera, aunque sólo fuera en cifras, a Barcelona, estigmatizada de catalanismo. Con todo ese cambio, perdimos la rica agua de Lozoya, el aire velazqueño, la calidad de vida existente en muchos barrios, etcétera. Por supuesto que no todo ello se debió al sistema político imperante durante los interminables cuarenta años. La razón principal fue el tipo de sistema económico que, por cierto, no sólo es privativo de España, sino el dominante por doquier, y en algunos aspectos también en la mayoría de los países llamados socialistas.

Pero Madrid no sólo se ha modificado por haberse engrandecido al aparecer nuevos barrios, sino también porque el antiguo Madrid, lo que después se convirtió en el centro, ha sufrido un proceso de remodelación. Alfonso Alvarez Mora, en un trabajo francamente esclarecedor, estudia el sentido y auténtico valor de esa remodelación (1), que, en síntesis, consiste en el cambio de la utilización

(1) Alfonso Alvarez Mora: "La remodelación del centro de Madrid". Ed. Ayuso. Colección Ciudad y Sociedad. Madrid, 1978. 239 páginas.